

La visita del Jefe del Estado español a Portugal se ha fijado para siempre en la memoria de cuantos tuvimos la oportunidad feliz de contemplar los muchos espectáculos, ceremonias y fiestas populares a que ella dió ocasión. Los portugueses dejaron «al sentimiento la razón», como dice un portugués calderoniano. Remanecía la antigua comunidad cristiana y peninsular, popularmente proclamada en las calles de Lisboa, en los caminos y carreteras, en los teatros, en la plaza de toros, en la Universidad de Coimbra.

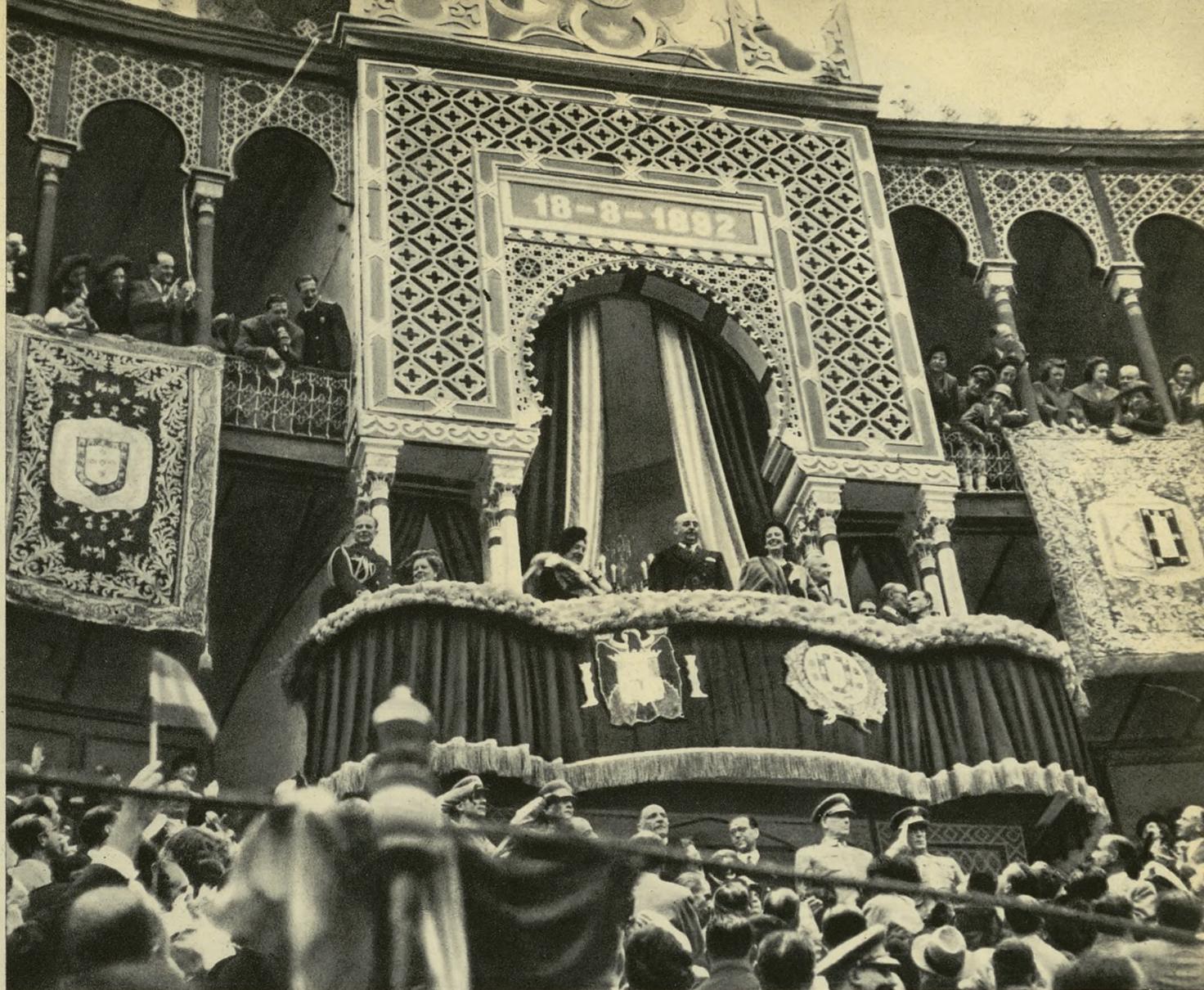
Lo que verdaderamente nos impresionó a todos fué el calor con que el pueblo portugués recibió al Generalísimo Franco, y, desmintiendo su fama de frío y reservado, se entregó al entusiasmo de las aclamaciones, con banderas españolas en la mano, al paso del coche abierto, donde, a la derecha del Mariscal Carmona, iba el Caudillo el día de su llegada a Lisboa, atravesando, camino del Palacio de Queluz, las calles céntricas de la ciudad. La más popular de todas las fiestas que presentamos en Lisboa fué la «toirada», en la plaza de toros de Campo Pequeno. Fué también la ocasión en que con mayor ímpetu se desbordó, en homenaje a Franco, el entusiasmo de los portugueses. Espectáculo, por cierto, inolvidable y digno de ser cantado en romances gongorinos. El programa lo calificaba de «toirada de gala a antiga portuguesa», y en España y en el mundo no se tiene la más remota idea de su fastuosidad y riqueza de ornamentos y aderezos. No puede hoy siquiera concebirse un espectáculo tan suntuoso y tan guarnecido de cortesanía, de rizos y encajes como el que el domingo presenciáramos. El ornato de la plaza era espléndido e impresionante a primera vista. Todo el techado estaba lleno de trofeos, con las banderas portuguesas y españolas, y en las columnas de hierro que lo sostienen y que sirven de separación a los palcos, había cestas rojas y amarillas, hechas con caña de la isla de Madera y junco índico. De todos los palcos pendían reposteros de brocado, unos con armas de España y de Portugal, otros con los blasones de las grandes casas nobles lusitanas y otros, en fin, con las insignias de los Ordenes militares. El rojo y gualda de la bandera española aparecía por doquier en las más variadas y artísticas combinaciones. En el antepecho del palco oficial había un friso de crisantemos y dos espléndidas colgaduras de terciopelo con los escudos de Portugal y de España. Por todas partes flores y perfumes naturales.

Cuando el General Franco se asomó a su palco para contemplar este magnífico espectáculo, todo el inmenso jardín del graderío se puso súbitamente en acción. La gente, en pie, agitando banderas españolas, gritando: «¡Franco, Franco, Franco!» y aplaudiendo desahogado, saludó al Jefe del Estado español y a su esposa (ambos sobrecogidos un poco por aquellas vibraciones), y cinco minutos transcurrieron sin que el pueblo de Lisboa se diera cuenta de que estaba enronqueciendo en su delirio.

Les diré brevemente lo que fué esta «toirada». En ella no intervinieron más que «cavaleiros», descendientes de familias rancias del país, y hasta los «moços de forcado» eran nobles portugueses con el título de «amadores» (amateurs). La «cortésia» fué ejecutada por un hidalgo embozado, caballero en una espléndida jaca, el cual daba al viento una hermosa capa negra, e iba todo él vestido de negro, con un airoso chapéu de plumas sobre la melena rubia. Lo llaman el «Neto», y creo que es un caballero reminisciente de los tiempos medievales, en que los reyes de Portugal daban o negaban su venia a las corridas. El «Neto» iba embozado para que el fallo regio no se dejara influir por el rostro de su noble súbdito. El presidente—que era también un «cavaleiro» y viejo rejoneador—autorizó graciosamente la corrida (la «toirada»), y el embozado se descubrió entonces, haciendo un ademán gentil de gratitud. Empezó en seguida el desfile o despejo. Primero, los «chameleiros», que yo diría los heraldos, vestidos de blanco y negro (colores de la ciudad de Lisboa), sobre caballos engualdrapados de lo mismo. Eran dieciséis, dirigidos por un tambor mayor, y lanzaban al aire las gallardas notas de su trompetería. Siguió a pie los pajes, que eran doce, vestidos también de blanco y negro, precediendo y acompañando a la carroza de los «cavaleiros», que era la de Juan V, una de las más hermosas de Portugal. Tiraban de ella seis caballos blancos enjaezados de oro, y dentro iban sentados los seis «cavaleiros», los seis rejoneadores que tenían que correr los toros, seis de los más nobles varones de la nación portuguesa. Luego entró la acémila de las «farpas», es decir, de las banderillas, rejonas, etc. Iba conducida por criados y mozos de tabardo. Los acemileros quitaron la gualdrapa roja que cubría las dos arcas, que iban a lomos del animal, y donde se supone que están encerrados los instrumentos para correr y herir al toro. Las arcas fueron puestas en la arena. Entonces entraron los gentileshombres que habían de actuar de «moços de forcado», de Santarem, y todo el incontable tropel de servidores de los «cavaleiros», a saber: banderilleros, «andarinós», que son unos muchachos vestidos de blanco y con barrerina, las cuales acompañan y ayudan como pajes a los rejoneadores; los «papagaios», que son algo equivalente a los monosabios españoles, y los «campinos» o mayorales, los «carecas» o empleados, etc. Se colocaron artísticamente distribuidos, conforme a un riguroso orden jerárquico, por el ruedo, después de recorrerlo varias veces, haciendo reverencias al palco presidencial, donde estaban la esposa del Presidente de la República portuguesa, el Generalísimo Franco y su esposa, Oliveira Salazar y el séquito.

Y así, gozosamente apercebido el ánimo, empezó la «toirada». Advertimos entonces que los «cavaleiros» rejoneadores llevaban a la espalda un lazo de crespón negro. Una antigua tradición les obliga a guardar este luto perenne. Ello fué que en Salvatierra, un día de «toirada», a principios del siglo XVIII, el primogénito del marqués de Marialbo, doncel arrogante y enamorado, cuya dama estaba presente junto al marqués, fué mortalmente herido por un toro. La dama dió un grito, y el padre del «cavaleiro», que tenía más de sesenta años, se arrojó a la plaza y mató al toro asesino. Ese día fué el último día en que se lidiaron toros de muerte en Portugal. Lo prohibió el marqués de Pombal, y desde entonces es riguroso «embolar» los cuernos. El luto por el hijo del marqués de Marialbo es obligado en todas las «toiradas» del país.

Para no ser prolijo en demasía, hago al lector merced del arte y gallardía de los rejoneadores portugueses, algunos, como Simão da Veiga, famoso también en España y en América, y otros que merecen serlo, como Juan Nuncio, el mejor «cavaleiro» de estos tiempos, y Mascarenhas. Los brindis al Caudillo fueron ceremoniosos, llenos de gentileza y donosura y aplaudidos por el público, que, finalmente, descubrió, aunque llovía, y ronco, despidió con sus gritos y aplausos jubilosos al Jefe del Estado español y a Salazar.



Señorío del pueblo y del paisaje de Portugal

Por Luis Calvo

